

Niños, adolescentes y sus familias: Experiencia migratoria, sufrimiento, desarraigo y destierro



GABRIELA POLLAK¹

DOI: 10.36496/N140.A4

GABRIELA POLLAK – ORCID: 0000 – 0001 – 6906 – 5820

RECIBIDO: ABRIL 2025 | ACEPTADO : MAYO 2025

RESUMEN

El presente trabajo intenta dar cuenta del padecer de niños, adolescentes y sus familias frente a las migraciones a las que se ven coaccionados, ya sea por situaciones urgentes de causa política, económica o social. A través de un material clínico, se intenta dar cuenta de las posibilidades que la intervención psicoanalítica tiene para el sostén y tratamiento del dolor psíquico que estas circunstancias vitales causan. En el intento de teorización acerca del padecer de niños/as y adolescentes migrantes, se narra la experiencia interdisciplinaria de trabajo con esta población específica. La intervención psicoanalítica junto con la social, es así un modelo posible de trabajo para que la teoría y práctica psicoanalíticas logren salir de los consultorios privados para entrar en relación con la comunidad. De este modo, se está promoviendo al psicoanálisis

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gpollaks@gmail.com

sis como un conjunto complejo y plural de teorías y prácticas en pleno desarrollo, lo que marca una evolución en las posibilidades de inserción, en Uruguay, de una población cada vez más amplia.

DESCRIPTORES: PÉRDIDA / ADOLESCENCIA / MIGRACIÓN /
DISPOSITIVO / MATERIAL CLÍNICO / INTERVENCIÓN

SUMMARY

This work aims to account for the suffering of children, adolescents, and their families in the face of migrations to which they are coerced, whether due to urgent political, economic, or social causes. Through clinical material, it seeks to demonstrate the possibilities that psychoanalytic intervention offers for supporting and treating the psychic pain caused by these vital circumstances. In an attempt to theorize the suffering of migrant children and adolescents, the interdisciplinary experience of working with this specific population is narrated. Psychoanalytic intervention, alongside social work, is thus a possible model of practice for psychoanalytic theory and practice to move beyond private consulting rooms and engage with the community. In this way, psychoanalysis is promoted as a complex and plural set of theories and practices, in full development, marking an evolution in the possibilities for the integration of an increasingly broad population in Uruguay.

KEYWORDS: LOSS / ADOLESCENCE / DISPOSITIVE / MIGRATION
/ CLINICAL MATERIAL / INTERVENTION

Pero vengo

*Más de una vez me siento expulsado y con ganas
de volver al exilio que me expulsa
y entonces me parece que ya no pertenezco
a ningún sitio
a nadie*

*¿será un indicio de que nunca más
podré no ser un exiliado?
¿que aquí o allá o en cualquier parte
siempre habrá alguien que vigile y piense
éste a qué viene?*

*y vengo sin embargo
tal vez a compartir cansancio y vértigo
desamparo y querencia
también a recibir mi cuota de rencores
mi reflexiva comisión de amor*

*en verdad a qué vengo
no lo sé con certeza
pero vengo*

Mario Benedetti, 1991

INTRODUCCIÓN

Este trabajo surge de la experiencia que venimos llevando adelante psicoanalistas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) en convenio con el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

La modalidad de intervención incluye un dispositivo en el que se le da lugar al área social y un equipo de psicoanalistas atiende de forma individual a niños/as, adolescentes y sus familias. Intervención clínica y social que, a través de la entrevista de juego o sesiones dialogales, logra captar en mayor profundidad el sentir y vivir de estos niños/as y adolescentes, abriendo un espacio de interrogación íntima acerca de quiénes son, cómo se sienten, qué los hace sufrir. En la atención individual se integra también

a los padres o responsables de los pequeños, en oportunidades hasta en entrevistas familiares. Junto con el área social, se trabaja con los espacios de inserción de estos pequeños, e intentamos en conjunto mayores y mejores condiciones en los espacios previstos para el cuidado adecuado de los mismos.

Funciona complementariamente un grupo de madres y padres a cargo de dos colegas, en el cual se busca que el grupo de familiares vaya encontrando cierta pertenencia, confianza y solidaridad, compartiendo experiencias para así mejorar su estabilidad e inserción en nuestro país. También el grupo busca sostener el estado angustioso en que llegan muchos de estos padres y madres, con trabajos precarios y soluciones habitacionales muy apretadas.

Como psicoanalistas, formamos parte de un equipo socio-clínico dirigido fundamentalmente a niños/as y adolescentes en una intervención psicoanalítica breve en el tiempo, que busca nominar y aminorar el sufrimiento que el migrar deja como huella indeleble en el psiquismo de los más jóvenes y, por lo tanto, los más vulnerables.

Nos encontramos con niños y adolescentes que se encuentran íntimamente ligados a los avatares de sus familias. Algunos migran acompañando a los padres en largas travesías, a veces a pie, único modo posible de salir de situaciones amenazantes. Tanto adultos como infantes relatan experiencias de peligro y miedo. A veces nos enfrentamos a chicos que llegan a nuestro país luego de largos años para reencontrar a padres con quienes no han compartido gran parte de la vida.

El sentimiento de pérdida y añoranza por lo dejado atrás requiere de cierto lugar en el psiquismo, y en la relación con el otro significativo, quien a modo de testimonio contiene y da lugar a un sentir que todavía no había encontrado relato. Así, los psicoanalistas transferencialmente pasamos a ocupar ese lugar de interlocutor y testigo de un sufrimiento que muchas veces todavía no había logrado ser puesto en gestos y palabras. Con nuestra escucha e intervenciones, buscamos cicatrizar-suturar heridas todavía abiertas, y así recuperar una comunidad de oyentes, como hace muchos años la nombrara Walter Benjamín. El equipo de psicoanálisis lo intenta, tanto en el grupo de padres como en la intervención socio-psicoanalítica, a través de las sesiones de juego y las entrevistas a padres y referentes.

Las urgencias propias de las familias que migran –apremiadas por resolver alimentación, vivienda, trabajo, documentación– dejan con frecuencia los «problemas» de los pequeños en un segundo plano; quedan desatendidas o ignoradas. La experiencia migratoria, con el sufrimiento de desarraigo que supone y el destierro que implica, demanda enormes esfuerzos de acomodación e inserción en el nuevo marco que se les propone en el país de acogida; en este caso, Uruguay.

Las angustias principales que encontramos se asocian a un sentimiento de extranjería unido a cierta anomia, temor y experiencias de ser excluidos, de no ser queridos, de ser echados. Estos temores muchas veces se acompañan de una realidad que les hace vivir nuevamente, una y otra vez, el desamparo. Cambios de vivienda, cambios de escuela, hacinamiento. Se agrega que si bien la mayoría de las situaciones que nos llegan provienen de Venezuela, Cuba y República Dominicana, el lenguaje y acento es tan disímil que cuesta el entendimiento, aun cuando ponemos toda la atención y buscamos un encuentro afectivo que acompañe el decir. Todas situaciones que producen dolor psíquico, en las que los traumas acumulativos se suceden y no logran resolverse fácilmente. Es por ello que el sostén psicoanalítico es fundamental para ir generando logros que mengüen la angustia y ansiedad que invade el psiquismo de quienes son parte de esta población en situación de extrema vulnerabilidad.

En esta oportunidad es a través de un caso clínico que intentaremos escuchar algo de este tormento interminable.

EL CORAZÓN DE CANDELA

Candela² viene...

Pide consultar.

Desconfía. ¿A qué viene?

Llega diciendo que los psicólogos no sirven para nada, que ella se siente mal, que un psicólogo no sirve... Necesita otra cosa. ¿Un psicoanalista

2 Si bien los nombres están disfrazados para guardar la confidencialidad, contamos con el consentimiento informado de los responsables de Candela.

que escuche su desamparo, su vértigo o su cansancio? ¿Un trabajador social interviniendo, que salve los déficits que la realidad venía imponiendo y produciendo sufrimiento en esta jovencita?

Alta, curvilínea, siempre maquillada con gruesos delineados en los párpados, ajustada en sus ropas de gimnasia, desde la que concurre directamente a la consulta; es puntual y adecuada.

Pero Candela se incendia, explota, se autoflagela para hacer tangible un dolor que busca expresarse. Comienza diciendo que lo que le pasa es un montón, que se siente ansiosa sin razón, que se siente mal y sabe que es emocional lo que le sucede; que se ha hecho un chat consigo misma para dejar constancia de cómo se siente.

—Me pueden estar idealizando.

—¿Idealizando? ¿Quiénes?

—Alguna persona: que guste, amigas, familia, y yo solo llego hasta ahí... Me cortaron una relación. Nos vinimos para acá de un día para el otro. A veces siento náuseas, a veces vomitaba. Siento el sentimiento de soledad. Ahora es menos intenso que a fin del año pasado. Un día mi madre nos levantó y nos dijo: ¡Nos vamos! No nos dijo la razón... Yo no entiendo, pero asumo que con algo tendrá que ver. Desde que llegamos, está trabajando sin parar, y ahora estoy en el liceo y no puedo entrar a las actividades de clase porque no tengo cédula, y por eso no me puedo loguear. Nadie antes me indicó que necesitaba la cédula, mi madre no lo hizo, yo nunca lo hice.

Una adolescente sufriendo por su última mudanza migratoria. Se siente expulsada, «con ganas de volver al exilio que me expulsa», dice el poeta. La migración fue intempestiva, ansiógena, la deja en la más plena confusión. «Me parece que ya no pertenezco a ningún sitio, a nadie».

No surgen dudas acerca de que las migraciones con frecuencia están originadas por la necesidad o deseo de alcanzar mejores condiciones económicas, culturales, sociales o políticas para aquellas familias que se lanzan a la travesía. Pero cabe preguntarnos acerca de los niños y adolescentes: si se los prepara, se anticipa suficientemente para una despedida y cierre de sus inserciones habituales, para el cambio radical que se sucederá en sus vidas. También si luego la integración al país de arriba se da en los

tiempos –y saberes– necesarios para que los derechos de niños y adolescentes sean preservados, ya que quedan en situación de alta vulnerabilidad social, sin recursos propios para resolverla.

Candela migraba junto con su madre, su hermana y el compañero de la madre. También migraba porque el movimiento adolescente es siempre una migración. Se sentía angustiada y con dificultades para conciliar el sueño, aunque esto no era una novedad en su historia vital: «Desde chica me costaba con los horarios del sueño; no dormía bien»; «Mi madre venía a dormir con nosotros».

Interrogada acerca del padre, dice que vive en su país de origen, que nunca estuvo casado con la madre, pero estaban divorciados (¿?). Candela lo considera un fanático de la religión, aspecto que siente que no le permite compartir absolutamente nada con él, quien le habla exclusivamente de eso cuando se comunica. Es por ello que se vinculan muy poco y Candela demuestra escaso o nulo interés en mantener una relación fértil con él.

También de su país de origen salió de un día al otro. «El día de mi cumpleaños». Fue el último día en que las fronteras estaban parcialmente abiertas para poder movilizarse. La madre sabía acerca de ello porque trabajaba en una zona limítrofe, ayudando «de modo legal» –así lo decía Candela– al pasaje de un país a otro. «Salí de Venezuela cumpliendo los once; los cumplí en un ómnibus». «Y a mi familia no la vi más».

Nos preguntamos si la salida del lugar de origen evita el derrumbe personal que visualiza el emigrante, ante situaciones angustiantes marcadas por carencias y problemas de todo tipo, teniendo la esperanza de que en un nuevo país encontrará situaciones más llevaderas para alcanzar una vida estable para adultos y niños, para la familia.

Candela relata la educación de la madre; el trabajo que tiene ahora no es ni parecido al que su formación profesional le habilitaría. La madre está trabajando de manera informal. Algo de la documentación parece escaparse de las manos y el psiquismo de esta madre que no gestiona la cédula de identidad para su hija y acepta condiciones laborales por debajo de sus posibilidades y por fuera del amparo que le daría la ley. Algo de una angustia persecutoria respecto al primer país al que arribaron y luego en relación con Uruguay se juega para que no pueda acogerse a las posibilidades mínimas que las leyes amparan. Nos preguntamos cuál sería

el impedimento para sentirse más arraigada, armando querencia, echando raíces. ¿Quizás algo que tensiona con la ley que no es vivida como un amparo-protector? ¿Estaría esto en juego para exponerse y exponer de este modo a sus hijas?

Me falta un papel. Mi padre autorizó que estuviéramos acá, pero lo tramitamos tarde... por eso me fui a examen el año pasado. No podía hacerme el carnet de salud y no pude hacer gimnasia todo el año. Era la única que estaba sentada y tomaba apuntes... En definitiva, era como que no me vieran.

Esta vivencia de no ser vista aparece como crucial en la demanda de ayuda que hace Candela. Su actuar siempre parece dirigido al otro que la registre, la vea, le dé identidad y pertenencia. Ante esta manifestación, como analista capto algo del orden de una angustia identitaria que podría llegar a pasajes al acto.

—¿Te lesionaste alguna vez?

—Sí hace un mes la última. Tengo una aplicación que se llama «estoy sobrio», con una comunidad de esas que te da ánimo y alegría. Eso me ayuda también; antes no pasaba más de dos días sin cortarme. Son cortes finitos [¿infinitos? me pregunto...], pero yo sé que eso no es algo bueno. [...] Cuando hacés eso, liberás una hormona; no es tanto una adicción, sino por ansiedad, sentía la necesidad. Empecé a cortarme a los doce, estaba en Argentina [primer país al que emigraron y en el que permanecieron algunos años]. Ahora mi madre sabe de esto.

Candela sufre esta falla identitaria de los orígenes, que el entorno le hace sentir y sufrir permanentemente. Más allá de sus dificultades primarias, hay algo de la realidad que acompasa un sentir de «no existencia», de no ser considerada. Es en el cuerpo donde Candela pone su marca de existencia, a través del dolor que se infringe con la autoflagelación, también con el asma. Un dolor y un ahogo que se sienten en el cuerpo, pero que dan cuenta de un dolor psíquico difícil de procesar.

EL PROCESO

Candela nos enseña. Podemos pensar que, para una adolescente migrante, las ansiedades depresivas y paranoides toman el cuerpo para manifestarse. Quizás podamos pensar que el pasaje a la somatización es una expresión de lo insuficiente de la elaboración del duelo por el desarraigo.

- Estoy nerviosa, desde ayer, tengo ansiedad por lo del liceo; cuando hay mucha gente me pasa. Ayer no dormí nada, nada de nada.
- ¿Qué se te ocurre que te pasa?
- Ni idea, leo algo o veo alguna serie. Estoy bastante nerviosa; es mi último año y me pasa esto. En Argentina cuando llegué no conocía a nadie, el año que viene me va a pasar lo mismo. Después con el tiempo me fui sintiendo más tranquila. Puede ser el miedo a la gente desconocida, como que tengo algún miedo por la impresión que causo.

Siente el mundo y la gente peligrosos. Que ni siquiera su lugar de referencia principal, el liceo, es un lugar confiable. Hay gente mala, «que encierra a las chicas en los baños... Habían dicho que violaban a las chicas en el liceo». Sin embargo, tiene amigos que la ayudan a pensar y calmarse. «Soy asmática, pero ahora hace bastante que no tengo crisis». Siendo asmática desde pequeña, la mayor parte de las crisis fueron en Argentina –primer lugar de migración al que llegaron–. Podemos pensar que algo se ahoga en ella, no la deja respirar, la deja sin aire afectivamente. Una dependencia muy cerrada con la madre tampoco le da oxígeno. Es por eso que Candela pelea, por una suerte de independencia por la que todos los jovencitos tienen que luchar, pero el contexto de migración permanente le coarta sentirse con la suficiente confianza para desenlazarse de las únicas figuras permanentes en su vida: su madre y su hermana mayor.

«Me mudo mucho; tenés que empacar todo e irte a otro lado. Mi madre me dice que el año que viene vamos a estar en Uruguay, pero después vamos a irnos a Europa». Candela está siempre de paso, sufre porque no logra vínculos que se establezcan y permanezcan, dada su movilidad permanente. Se lo digo...

Probablemente esta sintomatología se desencadena por la ruptura del equilibrio narcisista que provoca ansiedad y dolor ante la pérdida de objetos y lugares que le fueron propios, temor al rechazo en los ámbitos sociales, lo que produce ansiedades de tenor paranoide ante la ausencia de soportes identificatorios conocidos. «Llegó un momento en que no sabía ni dónde estaba».

A lo largo del proceso se dieron varias entrevistas con la madre. En ocasiones porque se presentaba en el horario de Candela y entraba a parte de la sesión y en ocasiones porque Candela lo solicitaba, pero en las ocasiones que como analista encontraba la necesidad de trabajar con ambas..., la madre no aparecía.

La actitud de la madre de Candela fue de una reticencia elocuente. Consultó en un principio, es cierto, pero las confrontaciones se sucedían. Las entrevistas en conjunto eran «candentes». Para ella y la adolescente, pensar juntas en el sufrimiento de Candela por las restricciones y solicitudes que la madre imponía le molestaba particularmente. Le hacía sentir que Candela lograba ganar espacios que ella no estaba dispuesta a ceder.

Le preocupaba que Candela se estuviera «autolastimando» y el «carácter» que mostraba tener.

Lo cierto es que por la carga horaria que la madre debía cumplir, solicitaba a ambas hijas ayuda en el sostén y mantenimiento de la casa, cosa que no era equitativa –según el parecer de Candela– entre ambas hijas. Candela sentía que ella era mucho más solidaria en ese aspecto, que era ordenada, que cocinaba para todos y además se hacía cargo de sus tareas curriculares con una responsabilidad «suficiente». Sin embargo, sentía que ese esfuerzo no era reconocido por la madre ni tomado en cuenta para lograr alguna prebenda que ella ansiaba intensamente.

La madre no la dejaba salir, no podía ir a fiestas de quince, no le permitía participar de una trasnochada con sus compañeros de liceo. Todas estas situaciones, repetidas en el tiempo, apartan a Candela de los lazos indispensables para el crecimiento y el ejercicio de la independencia necesaria para los logros adolescentes. Todo ese entorno socio-emocional producía un desafío de Candela para con la autoridad, furibundo.

Cumplía con las solicitudes maternas, trezada en ese atrapamiento materno, pero sentía una injusticia mayor, ya que nada era suficiente para

lograr conformarla; insertarse en este grupo actual, tener un grupo de amigos, salir de la demanda materna que la dejaba sin aire. El padrastro no parecía intervenir como interdictor, en una función de sostén y corte. En las entrevistas, Candela «denuncia» que si las solicitudes maternas no eran respetadas, les pegaba, que tenían miedo, que había que estar muy atentos a las necesidades de la madre.

Podemos pensar que nos encontramos frente a una madre que, en su narcisismo, requería del esfuerzo de sus hijas, que estaban a su servicio para hacerse cargo de lo cotidiano. Sin embargo, también tenemos que lograr tomar contacto con la realidad de estas familias que requieren trabajar muchas horas para sostenerse con un mínimo de dignidad en la vida diaria. En muchas familias se repetía este requerimiento materno, que dejaba a los niños y adolescentes encargados de tareas que corresponden a adultos, culposos por no cumplir con lo solicitado y, sin embargo, con el derecho de ocuparse de sí mismos y sus intereses, de irlos encontrando, descartando, eligiendo..., de estudiar, cambiar, equivocarse y volver a intentar...

Candela y su familia llevaban cinco mudanzas en cuatro años..., a lo que Candela decía que la ansiedad no se calmaba, que la relación con la madre no era lo que más le preocupaba, sino cómo ella se sentía: «Tengo un sentimiento feo en el fondo... Es la mayoría del tiempo... No me siento bien, es un sentimiento feo».

Los padres se habían separado antes de salir de su país de origen. La madre dormía en el living, había una infidelidad de por medio. La madre le solicitaba que buscara el celular del padre para revisarlo. Candela se sentía usada una vez más en su historia, siendo muy pequeña en esos momentos. El uso de los niños por los adultos para sus intereses... Eso también se repetía casi como una constante en estas situaciones en las que la migración deja a los hijos en una adherencia prácticamente imposible de modificar. «Me llegué a escapar... Me ponía a llorar en el baño... Ahí me daba el impulso de cortarme».

Durante la primera mudanza, en Argentina, Candela adoptó un perrito. Cuando decidieron mudarse a Uruguay intempestivamente, el perrito no los acompañó: otra pérdida en los afectos de Candela que no fue considerada.

Hablamos de la posibilidad de derivación a un psiquiatra que evaluara este sentimiento depresivo de base.

Me siento extraña... Me pasa desde muy chica. Mi madre hoy no vino
 Mi hermana y yo aportamos mucho a la casa, pero mi madre solo se fija
 en las cosas que no hacemos.
 Estallo por muchas cosas, estoy re mal, lloro mucho.
 Siento impotencia, me piden mucho en mi casa, mis amigos no ayudan
 en nada...
 Y recaí... me corté.
 Ayer llegué tarde al liceo porque estaba cocinando.
 Es complicado con la comida... Hacemos cosas que no nos corresponde
 hacerlas.

Los sentimientos de vacío se suceden. Desde diciembre del año anterior no se sentía tan mal. Tiene la aplicación en la que marca cuando se corta como testigo de los momentos de mayor angustia. Es esperable que, en transferencia y trabajando estas temáticas, la angustia resurja.

En diciembre se había separado del novio, cisma que renueva los efectos traumáticos de separaciones y duelos anteriores. «Yo estuve mucho tiempo pensando que podía sola. Estaba en negación total». Quizás cuando la angustia vuelve a arrasar es que puede reconocer que no puede sola, que necesita de la escucha psicoanalítica para poder procesar su dolor por las circunstancias de vida que venía llevando. La ansiedad, el enojo y la incertidumbre irrumpen su crecimiento y aprendizaje. Se le impone dejar de jugar y separarse de quienes ama.

Así, su estado anímico no era visibilizado, sus deseos de morir, sus momentos depresivos: «Yo quería pegarme un tiro, desaparecer, para mi familia soy un peso y no puede ser... De pedo no me pegué un tiro».

Todas estas ideas de muerte que invadían a Candela apenas eran un tema relevante, los adultos seguían tomando decisiones de forma intempestiva sin considerar ni comunicar sus necesidades. En su llegada a Uruguay como último país de acogida, se precipitaron ansiedades confusionales, además de las persecutorias y depresivas. Confusión que da cuenta de la dificultad de diferenciar sentimientos entre lo que se ha dejado y lo

nuevo. También su situación vital tan cambiante; en un principio vivían en una pensión sin baño privado y cocinando en la misma pieza, para pasar a los meses a una segunda pensión, mejor ubicada pero con las mismas condiciones vitales. Recién en la tercera mudanza accedieron a un pequeño apartamento que les proveyó mayor intimidad y pertenencia. «Encontrar ayuda me costó un montón, estaba muy mal. Estaba decaída y mal... Me doy cuenta de que son sentimientos malos, capaz sería buena idea la de medicarme».

La madre a veces acude a la consulta. Defiende el esfuerzo que realiza para salir adelante y proveer a la familia de lo necesario. Plantea sus aspiraciones de que las hijas tengan una mejor educación e inserciones que las mantengan ocupadas. Candela, por su lado, defiende sus espacios de disfrute, de ocio.

Yo no doy para tanto; ella quiere que estemos todo el día ocupadas como ella. En Argentina y en Uruguay tienen formas distintas de pensar que en Venezuela; yo cambié un montón, ahora pienso distinto las cosas. Allá son homofóbicos, transfóbicos, machistas, todas las fobias.

Candela da cuenta de sus esfuerzos por integrarse a la cultura uruguaya, lo que permite pensar en una cierta elaboración del duelo que el emigrante debe realizar, renunciando a algunas pautas de su cultura de origen para incorporar otras de la nueva cultura. Aquí es cuando el conflicto con la figura materna se hace más álgido.

Mediando el proceso, Candela solicita que su hermana también sea atendida. Los conflictos fraternos son importantes; Candela no entiende por qué la hermana no logra confrontar con la madre; a la adolescente le sorprende. Se le asigna otro psicoanalista para el trabajo con ella.

El sufrimiento de Candela por la última migración que la condujo a Uruguay es de una actualidad importante promediando el segundo año que está en nuestro país. Como en todo proceso psicoanalítico, los momentos de aceptación se encuentran en espiral con los de decepción y dolor psíquico máximo.

Eso que no soy de aquí, que no soy de allá... En general no me siento nada bien... Yo de por sí no me siento bien. No es que en otro lugar me sentiría mejor. Es este bajón que me da.

Sufrimiento psíquico que da cuenta de la complejidad que implica este abordaje, dada la interseccionalidad social y cultural. La movilidad; las condiciones de cada país en cuanto a la inserción en instituciones de salud, educación y comunitaria movilizan las condiciones subjetivas de biografías personales y familiares previas a los eventos de movilidad.

La falla en las condiciones externas la dejan en un estado como de subjetividad suspendida y producen sufrimiento en la intimidad de cada sujeto –falta de cédula de identidad, no ingreso al sistema de salud, imposibilidad de ingresar al sistema informático-educativo que se maneja en nuestro país, CREA, etc.–, dejan a Candela en un estado de ansiedad permanente, sin dormir, angustiada, siempre en riesgo del pasaje al acto.

Las frustraciones permanentes, lo imposible para sus necesidades también siempre están presentes. Como si la magia necesaria para todo adolescente acerca de una vida más llevadera fuese siempre coartada.

—Fue mi cumple [de quince]. Mi padre ni me mandó un regalo. Ni me llamó. Yo quería una campera negra. Mi madre me compra una, que ¡más chica me quedó! No la puedo usar y no se puede cambiar porque no había más grande. Un peluche me regalaron. Mi hermana dijo «ella no quiere un peluche...». El celu pedí..., que tiene un defecto y cuando lo fuimos a cambiar, tampoco se podía.

—Te angustia que no sepan de vos, tu talle, tus gustos, que creciste..., que necesitas cambiar. Es como si no te conocieran...

—Es que nos queremos más entre los amigos que con la familia.

—Con ellos te sentís reconocida, vos querés que sepan de vos... y lo vas logrando...

En determinado momento del año, la confrontación de Candela para con los adultos se desplaza al liceo. Allí enfrenta a los adultos defendiendo a compañeros que tenían dificultades de aprendizaje por el maltrato que reciben de parte de docentes. Candela enciende su fuego y fundamenta

su actuar de modo muy compartible. No llega a poner en riesgo su escolaridad, y eso es de destacar, pero el enojo por cierto abuso de las figuras adultas aparece también en el ámbito liceal.

También comienza a deslizarse a una cierta independencia respecto de los mandatos maternos. Va a casa de sus amigos, pernocta allí –siempre avisando que lo hará–, o sea, con cierto cuidado por la figura materna, quien queda muy exaltada y nerviosa. En una oportunidad avisa que hay una *pijamada*³ y que va a ir. La madre se lo prohíbe sin esgrimir razones valederas; Candela va y se queda. Es la casa de una compañera de liceo e iban a quedarse a una *juntada*. No parece estar en riesgo, se comunica con la madre, hace una videollamada para que la vea. Pero la madre pide la dirección, el contacto de la madre de la amiga. Candela se niega y la madre colapsa, se comunica –sábado por la noche– con el servicio de atención socio-clínico, va a la policía a hacer la denuncia... Todo un despliegue de control que no encuentra eco ni en nuestro equipo profesional ni en las autoridades policiales.

En un momento del tratamiento surge que Candela también había presentado sintomatología enlazada a la conducta alimentaria, que frente a la angustia por los cambios sufridos, incluyendo el cambio en el cuerpo y su sentir, junto con un grupo de amigos en Argentina vomitaban «y pasaba sin comer» –así lo relata–. Recuerdo entonces que tiene apenas quince años, que los momentos puberales que fueron vividos allí conllevan muchas veces este estilo sintomal que es riesgoso, pero habitual dados los cambios y «migraciones» en el cuerpo que implican, así como los sentimientos e ideas que provocan. Esto ha cedido en la actualidad, pero formó parte de la historia de Candela y de su modo de reaccionar frente a los cambios. «Argentina obligó a mi madre a soltarme mucho». La relación conflictiva con la madre, que comprende escasamente el crecimiento y necesidad de independencia de la hija, produce mucho sufrimiento. Le marco que quizás le faltó explicar más, que no se expresó del todo, que la

3 Podemos preguntarnos si la forma de nominar *pijamada* tiene sentidos distintos en los diversos países por los que ha circulado. Ambigüedad en los idiomas locales que también hacen la diferencia. Quizás Candela logra captarlos, y a su madre la espantan, siente que connotan cierto sentido sexual.

madre trató de protegerla. Que quizás a ella a veces le cuesta poner palabras a lo que siente y necesita. Acepta. Dice no haberse dado cuenta, que es verdad que podría haber mostrado más de lo que iba a hacer, que no era nada malo. En el proceso va confiando más en la capacidad de apalabrar para evitar los conflictos, logrando confianza en el diálogo.

La temática de «salir o no salir» se reitera permanentemente. Quizás la pregunta fundamental es: ¿salir de dónde?, ¿del encierro con la madre? La exclusión del padre, explícita, imposible de acercar en el caso de Candela, ¿no la deja más adherida a los mandatos maternos? ¿Cómo salir de ese encierro sin que la pelea sea a muerte?

—Las cosas me sobrepasan; por ejemplo, esto de mi madre. No para de hacerme daño. No me gustan las personas tan ocupadas, necesito que me atiendan. El tema es que con mi madre la tenés que buscar a ella, y yo siento el rechazo de mí hacia ella.

—¿Y tu padre?

—Lo que pasa es que mi padre es muy cristiano. Me habla solo de eso. Es un discurso, nunca me habla de mí o de él. El justifica todo con Dios. Alguna que otra vez me manda un mensaje, pero no puedo hablar con él. Hace poco habían concretado para que hablara con mi hermana. Mi padre no llamó y ella se quedó muy mal, llorando. Yo no quiero pasar por eso; tampoco quiero dejar a mi hermana sola. No le costaba nada a mi padre decir «no puedo»..., pero la deja esperando. Es por eso que yo no tendría ganas de hablar. Para mí son bastante importantes mis cumpleaños, y este año pasó lo mismo, no llamó, no me mandó un regalo... ¡Cumplí quince! Algo me tenía que dar... Ya no tengo ni los números, no hablamos, no le cuesta nada decirme «hola».

—¿Cómo te sentís respecto a esta modalidad de tu padre?

—Antes me ponía mal, sobre todo cuando veía familias felices. Ahora veo que mis amigos se llevan mal con el padre, también.

Los conflictos con la figura materna se suceden. El centro de la temática es la pelea por la independencia y libertad; podemos decir que como con cualquier jovencito de esta edad. En esta situación, la ausencia de la figura paterna, tan elocuente, deja a Candela peleando contra la indiscri-

minación con la madre y hermana, en un intento de salir de las amarras propuestas por sus padres en la tierna infancia. Podemos pensar que es una dificultad con la que se encuentran seguidamente los adolescentes, pero se agudiza en los migrantes la sensación de peligro que la familia toda percibe del entorno. —«¿que aquí o allá o en cualquier parte siempre habrá alguien que vigile y piense éste a qué viene?» (Benedetti, 1991/2000, p. 29)—, lo que la deja más ligada a la madre que solicita ayuda en los menesteres cotidianos, ya que los adultos están muy enfocados en la inserción laboral, el acceso a la vivienda, salud, educación y supervivencia económica.

A los seis meses de tratamiento, Candela comienza a hacer movimientos en pos de no encolerizar a la madre tan repetidamente frente a sus salidas y lograr así una inserción más plena en sus espacios individuales. Acerca a sus amigos a su casa para que conozcan a la madre, que es lo que ella venía solicitando; dejan de ser desconocidos monstruosos para ser adolescentes compañeros de liceo, parecidos a su hija; es entonces que sospecha menos y la habilita más.

Sin embargo, las mudanzas consecuentes no le otorgan la continuidad existencial necesaria a una adolescente que decía tenerlo todo antes. Se fue de Venezuela sin despedirse, ni de la familia ni de la escuela; también de Argentina se fue de igual forma. La decisión intempestiva de la madre hace marca en ella. No hay quien la limite en sus decisiones impulsivas.

La temática del padre retorna:

—Nunca fui muy cercana a mi padre; es una persona muy reservada.

 Cuando ellos se peleaban, se las agarraban con nosotras. [Cuenta que una vez le pegó a la hermana y le dejó la pierna morada; que a las dos les pegaban con un cinto]. Otra cosa extrema que hacían, nos amarraban con mi hermana. Me ponían una remera grande que nos dejaba pegadas. Era como si nos maltrataran.

—Sufrieron maltrato... ¿Tanto tu padre como tu madre les castigaban así?

—Cuando mi padre se fue, me dejaron de pegar, y se fue mi madre también. Trabajaba en la frontera para que la gente pasara segura de un país a otro, pero se iba por veinte días. Muchísima gente emigraba, tenían todos los papeles. Nosotras nos quedamos con mi abuela en mi casa. Mi tío hacía algo parecido, y se iba por veinte o treinta días;

después vino la pandemia. Vino con nosotros un primo. Mi abuela tiene su casa en Venezuela y mi madre está pensando en traerla este año. Pero mi casa es muy chica. La verdad es que yo era una nena chica y no muy responzona. Aunque me peleaba con mi abuela, que las dos somos de carácter fuerte.

Pegaditas, adheridas, atadas y amarradas entre ellas mientras el padre y la madre no estaban.

El crecer, desprenderse, desatarse, desamarrarse le resultaba muy difícil. Candela cumplió quince años unos meses antes de comenzar la consulta, y habla de ello:

—Cuando era chica quería hacer una fiesta temática, de neón. Pero ahora que cumplí, quería irme a la Argentina, no me importaba la fiesta. Mi madre que sí, que no... Me molesta muchísimo la indecisión de mi madre. Entonces no hice nada. Me morí. También tenía pensado salir con amigos, pero no hice nada de eso. En ese momento me sentía muy sola.

El tomar contacto con su historia y emociones la moviliza: «Salgo de acá y salgo de bajón. Mis amigos me dicen: “Fuiste a la psicóloga”. Toda la semana niego lo que me pasa, y luego acá y veo toda la realidad». Los cortes se distancian en el tiempo. Se logra, finalmente, que al obtener la cédula de identidad y estar inserta en una institución de salud, sea vista por psiquiatría. Candela se siente mejor, o manifiesta que las ideas de muerte ceden. Sin embargo, el sentimiento de injusticia es permanente y su defensa frente a aquello que siente no pertinente la embarcan en conflictos en muchas de sus inserciones. A pesar de que se conflictúa y sufre por la divergencia, no es sancionada ni penalizada en la institución educativa, por lo que podemos pensar que el estallido no es tan importante. «Yo vine a terapia, estoy bastante controlada». «Hace 87 días que no me corto...».

Las sesiones se suceden; después de la decimocuarta sesión, de modo quincenal, dado que el proyecto tenía una exigencia de niños/as y adolescentes vistos; luego, cada tres semanas, hasta despedirnos en la sesión número veintitrés. Cuando la frecuencia disminuyó y dejó de ser

semanal, comenzaron a darse algunas faltas, ya que, al perder el ritmo semanal, las resistencias y la distancia se incrementaron. Allí se dieron algunas ausencias, aunque en escasas situaciones. Resulta importante remarcar que la forma de trabajar mínima para que se produzca una intervención de corte psicoanalítico estable y previsible es de, al menos, una vez por semana.

En ese período, otra mudanza esperaba a Candela. Siempre en busca de una mejora –de eso no hay dudas–, los movimientos permanentes, como los trasplantes, no permiten un crecimiento sostenido y armónico. Las rutinas en las que había compañeros que pasaban a buscarla por su casa para ir al liceo y los espacios de reunión colectiva cambian. Ya no está tan cerca de sus amigos y compañeros de rebeldías. Vuelve a quedar aislada, resentida, triste por el cambio. El reclamo para con la madre se sucede, se incrementa la lucha fraterna, en la que siente que es ella quien siempre pierde. También la fantasía de que no hay espacio para la exogamia, que los únicos vínculos posibles están dentro de su entorno familiar. En ese contexto, vuelve a cortarse. Nuestros encuentros eran cada tres semanas. Con el área social, habíamos logrado que se acelerase la convocatoria de Psiquiatría, nos urgía que fuese controlada su impulsividad.

Pero el desborde pudo más.

Si bien los cortes eran superficiales, son siempre un factor de riesgo preocupante cuando la angustia excede la posibilidad de procesar en el psiquismo los conflictos. «Muchas veces quiero matarme. No morirme, pero digo “me mato”». El funcionamiento familiar, tan encerrado, agobiante, también era fuente de querrela. Quién hacía tareas domésticas, quién resolvía el tema de la comida, quién ponía orden en la casa. El lugar de los adultos queda desdibujado, como en una familia en desorden.

Estamos en las últimas sesiones. El servicio se cierra con el año, así estaba establecido desde el comienzo, sabemos que comenzamos a despedirnos. También sabemos que esto, en otro contexto, recién comenzaría. Candela mira a su alrededor:

—Estoy analizando los jueguitos que hay, calculando. ¿Viste ese perro?

No tiene ojos.

—Si no tiene ojos, no ve, ¿qué será lo que no estamos viendo aquí, juntas?

En las últimas sesiones reaparece el conflicto. Esto es bastante habitual en el tratamiento de niños y adolescentes que, frente a la proximidad de la separación, incrementan la sintomatología en un intento desesperado por mantenerse en el vínculo analítico. Así, colisiona con el grupo de amigos que había hecho en el liceo y de los que también se separa el año próximo, dada su mudanza y el pasaje a otro ciclo de secundaria.

Con la madre, con la hermana, está nuevamente muy enojada, se siente estafada, resentida por la infidelidad de sus amigos... y seguramente la mía, que como analista la abandonaba en un momento en que parecía empeorar. Trabajamos esas temáticas, lo dificultoso que le resulta irse bien, despedirse con gratitud.

La última sesión está marcada por la puesta en el cuerpo de la falta de oxígeno que le significará este cierre de proceso terapéutico. «Tuve una crisis muy grave de asma. Me tuvieron que pinchar... Me fue mal. Estaba muriéndome. Veía colores, me dolió mucho. Fue muy feo». También trae que terminó peleando con todos sus amigos, y solo le quedaron dos o tres... Una despedida preocupante. Aun así, sabemos, por la experiencia del trabajo en los fines de análisis, que las despedidas nunca son festivas y plenas de agradecimiento. «Vengo sin embargo tal vez a compartir cansancio y vértigo, desamparo y querencia» (Benedetti, 1991/2000, p. 29).

Candela no sabe cómo será su año próximo. Desde el Servicio de Referencia, se hicieron todos los esfuerzos para que pudiera continuar con psicoterapia en su prestador de salud. Eso, suponemos, quedó encaminado junto con la consulta en Psiquiatría que logramos que se estableciera con cierto ritmo.

Candela mira alrededor. Ve un libro: *El corazón de Marión*; se para, lo toma. Lo ojea. Se lo ofrezco a modo de despedida, como se hace con los niños pequeños para que conserven un objeto del consultorio, representando el encuentro transferencial, el proceso. Un recuerdo hecho objeto. El libro tiene una particularidad: también está escrito en braille... Seguramente Candela se lleve con ella muchos aspectos que no pudimos ver. Y tendrá que continuar leyendo, en sí misma, sus enigmas del corazón: «El corazón de Candela».

EPÍLOGO

Semanas después de terminada la intervención, se solicita a los participantes y sus familias que respondan unas preguntas, que se realizaron vía WhatsApp.

Las preguntas fueron:

Encuesta para las familias y los chicos/chicas que pasaron por el CRO

- 1- ¿Qué significó para vos el pasaje por el CRO? Podés dejarnos tu mensaje por escrito, por audio o por medio de un dibujo o imagen.
- 2- ¿Qué esperabas encontrar en el CRO y con qué te encontraste?
- 3- ¿Qué sugerencias nos harías para mejorar el CRO?

Estas fueron las palabras de Candela:

- 1) Para mí significó un cambio drástico en mi vida, desde que comencé el servicio he mejorado muchísimo.
- 2) No esperaba encontrar nada o muy poco, tenía una expectativa muy baja, sinceramente, esperaba recibir ayuda con mis problemas, pero me llevé la gran sorpresa de recibir un muy buen trato y sí encontré la ayuda que necesitaba en ese momento.
- 3) No se me ocurre nada, la verdad, me pareció un servicio bastante completo y excelente.

La madre no respondió... ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Benedetti, M. (2000). Pero vengo. En M. Benedetti, *Las soledades de Babel* (p. 29). Sudamericana. (Trabajo original publicado en 1991).
- Bleichmar, S. (2003). *Traumatismo y simbolización: Los modos del sufrimiento infantil*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2000). https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2022/03/seminario_traumatismo_silvia_bleichmar_ano_2000_clase_1.pdf
- Bleichmar, S. (2008). *En los orígenes del sujeto psíquico: Del mito a la historia*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1986).
- Castillo Soto, D., Pena, E., Pollak, G. y Cardozo, V. (2024). Psicoanalistas migrando a la comunidad: Niños, niñas y adolescentes en movimiento migratorio. Un padecer que no descansa. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 139, 277-295.
- Centro de Intercambio Pola Hoffnung (2024). *Malestares en la educación: De violencias y con-vivencias. V Jornadas de Educación y Psicoanálisis*. APU-IUPP.
- Gutiérrez Silva, J. M., Romero Borré, J., Arias Montero, S. R. y Briones Mendoza, X. F. (2020). Migración: Contexto, impacto y desafío. Una reflexión teórica. *Revista de Ciencias Sociales*, 26(2), 299-311.
- Viñar, M. (2018). *Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural: Cómo nos cambia un mundo que cambia*. Noveduc.
- Winnicott, D. W. (2007). El niño evacuado. En D. W. Winnicott, *El niño y el mundo externo* (pp. 89-93). Hormé. (Trabajo original publicado en 1945).
- Winnicott, D. W. (2009). La ubicación de la experiencia cultural. En D. W. Winnicott, *Realidad y juego* (pp. 129-138). Gedisa. (Trabajo original publicado en 1967).